

TOPOGRAFÍA DE PROCESOS Y CONCEPTOS: GLOBALIZACIÓN, MUNDIALIZACIÓN Y KAIROS TRANSFORMACIONAL

Miguel Contreras
DOCENTE, UNIVERSIDAD METROPOLITANA

Resumen:

En la actualidad, la globalización en sus diversas dimensiones se está erigiendo como el concepto cardinal de las ciencias sociales. En el presente artículo se exploran y se critican las concepciones del proceso globalizador y su programa de recomendaciones en las versiones del pensamiento único. Remitiéndose a la tradición de la ciencia social histórica, el trabajo se propone comprender la globalización, como un proceso mundializador inherente al capitalismo histórico. Se propone con ello enfatizar, el carácter transformativo del sistema histórico mundial y las posibles lecturas que dicha bifurcación tiene y tendrá en el futuro próximo para los movimientos antisistémicos.

Palabras claves: descriptores, globalización, modernidad, mundialización, desencaje, polarización, fragmentación.

I. LOS MÁRGENES DE LA GLOBALIZACIÓN

Desde finales del decenio de 1970, pasando por la década de los ochenta y en lo que va transcurrido de los noventa, han tenido lugar profundos cambios en la escena mundial y regional. Los efectos de estos cambios han configurado los perfiles característicos de una mutación sistémica todavía en gestación. Los cambios y transformaciones en curso, han sido conceptualizados por un creciente número de analistas como *proceso de globalización* y están basados, en una convergencia recíproca de tres grandes procesos históricos interrelacionados entre sí¹.

En primer lugar, la vertiginosa aceleración de las innovaciones científico-tecnológicas. En segundo lugar, la formación de una economía globalizada. Y por último, la aparición de una nueva forma de producción y gestión económica. La creación de redes globales desde entonces técnicamente posibles, no sólo posibilitó la superación del espacio y del tiempo, sino también sesgar los servi-

¹ Clark sugiere que la globalización tiene una dimensión económica, básicamente financiera, una dimensión cultural, principalmente comunicativa y una dimensión política de debilitamiento del Estado nacional e incluye en un número creciente de autores la crisis del marxismo o socialismos realmente existente (Clark, 1997, 172-4).

cios en componentes individuales, eliminando su enraizamiento local, las restricciones de la geografía se desvanecen tornando así operables a nivel global diversos tipos de intercambios.

La sinergia entre los tres procesos descritos y su interpenetración con dos acontecimientos fundamentales en la década de los setenta, permitió el crecimiento explosivo del sistema financiero internacional en los últimos diez años, produciéndose un cambio en los patrones institucionales de la economía del mundo capitalista². Por un lado, los desequilibrios observados en las balanzas comerciales de los países céntricos, para cuyo equilibrio se hacía necesaria la importación y exportación de los capitales correspondientes. Por el otro, los elevados excedentes en la balanza comercial de los países de la Opep, Japón y Alemania Occidental –estos últimos en menor medida– arrojaron capitales gigantescos, que buscaron posibilidades rentables de colocación³. Estos dos acontecimientos contribuyeron de manera significativa en la configuración de un sistema financiero globalizado.

En países con grandes déficits, como Estados Unidos (especialmente) y Gran Bretaña, y las principales empresas del mundo hallaron estos capitales la demanda correspondiente⁴. La explosión de exportación de capitales, en todas sus formas, se produjo sólo a partir de mediados de la década de los ochenta, con el efecto de que los ingresos factoriales resultantes que provenían del ex-

² El concepto de economía mundo se corresponde con las categorías desarrolladas por Braudel acerca de los sistemas históricos, en donde reconoce la existencia de tres tipos de sistemas históricos: los minisistemas, los imperios mundiales y las economías mundiales. A objeto de nuestro análisis sólo nos interesa conocer las características fundamentales de las economías mundiales. Las economías mundiales, son para Wallerstein, vastas y desiguales cadenas de estructuras de producción diseccionadas por múltiples estructuras políticas. Su lógica básica es la de que la plusvalía acumulada se distribuye desigualmente en favor de quienes puedan lograr diversos tipos de monopolios temporales en las redes de mercado. Es una lógica capitalista (Wallerstein, 1990, 408).

³ Las primeras medidas se tomaron en los Estados Unidos durante el gobierno de Carter, en los últimos años de la década de los setenta. Se aplicó de forma conjunta el tratamiento de choque monetario, que provocó un fuerte incremento de las tasa de interés, lo cual llevó a un mayor ajuste de las utilidades de las empresas norteamericanas y a la recesión de los primeros años de la década de los ochenta, y contribuyó al surgimiento de la crisis de la deuda en 1982. Las medidas de desregulación adoptadas por la administración Carter fueron profundizadas principalmente por Reagan en los Estados Unidos y la Thatcher en el Reino Unido (Oman, 1996, 33).

⁴ El acuerdo Plaza de Nueva York para la intervención en los tipos de cambio, suscrito en septiembre de 1985, tuvo un efecto amplificador con los dramáticos cambios registrados posteriormente en los tipos de cambio (Menzel, 1995, 10).

trajero se dispararon de la misma manera⁵. Las inversiones directas de los años ochenta se concentraron crecientemente en el sistema financiero y en el de los inmuebles. Es así como en la década de los ochenta se creó la infraestructura de un sector financiero que posee ramificaciones internacionales.

En este sentido, la entronización de la noción de globalización en la actualidad se debe al proceso matriz que es la globalización financiera, desarrollado en el transcurso de las décadas de los setenta y los ochenta (Swary y Topf, 1993, 9-16). Período en el que se han roto los esquemas de los sistemas financieros implantados desde finales de la Segunda Guerra Mundial, y en el que se han difuminado las fronteras entre los distintos oficios tradicionales y los sistemas nacionales⁶.

⁵ En los ochenta el flujo de capitales fue decididamente del Sur al Norte y no en dirección contraria (Wallerstein, 1996, 62).

⁶ Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial, se hizo evidente la necesidad de instrumentar un sistema monetario internacional acorde con las nuevas realidades económicas. El primer paso fue la creación del FMI. Mediante este fondo, los países miembros aspiraban, en el plano internacional, incrementar el comercio y la inversión. Estas aspiraciones necesitaban de un sistema monetario que facilitara el sistema de pagos y que, a su vez, estabilizara las tasas de cambio. Por otra parte, debía decidirse si el sistema estaría basado en oro o si debía crearse una nueva modalidad de pagos. Los países miembros del F.M.I. acordaron un sistema de tasa de cambio, para sus monedas, que sólo se modificaría por consulta previa al Fondo y cuando se dieran desequilibrios fundamentales en la balanza de pagos. El sistema Bretton Woods le asignó al oro un papel medular en el sistema, pero sólo como activo de reserva y unidad de contabilidad. Las monedas de reserva, fundamentalmente el dólar norteamericano, se transformó gradualmente en la unidad de referencia y respaldo. Bajo el sistema Bretton Woods, se fijaron una o varias monedas de reserva, las que a su vez, asumían la obligación de ser convertidas en oro. El sistema funcionó como un patron oro-dólar en correspondencia con la hegemonía económica mundial de los EUA. El dólar complementaba al oro como activo de reserva, de manera que un país, además de las reservas internas de ese metal, podía tener activos financieros. Se le daba así una especial importancia a la divisa norteamericana. A mediados de la década de los sesenta se detectaron limitaciones estructurales del sistema Bretton Woods. Entre ellas, se pueden citar fundamentalmente los desequilibrios entre el comercio internacional y la expansión de las reservas de oro, definiéndose así la imposibilidad de ajustar los precios del dólar y del oro, en función de los costos de producción de éste último, sin debilitar la posición del dólar y afectar el sistema establecido. Otros desequilibrios fueron generados por los déficits en la balanza de pagos de los Estados Unidos y por la acumulación de dólares que ello generó en manos de residentes extranjeros. Al exigir la convertibilidad en oro de los dólares, se afectaban negativamente las reservas de oro en los Estados Unidos y la posición de la divisa norteamericana, eso trajo como consecuencia la devaluación. Dentro de este contexto, la convertibilidad del dólar en oro se hizo cada vez más difícil y, a partir de 1971 el gobierno de los Estados Unidos la suspendió. Al separarse el oro del sistema monetario internacional, se dejó a

Así, el concepto de globalización surge bajo los auspicios de la geoeconomía, y no bajo los de la geopolítica, bajo el timón del pragmatismo del mercado y no bajo las especulaciones de sociólogos o politólogos. La ocasión se debe a la vez, a una evolución de la gestión de ciertas empresas transnacionales y a la globalización de la esfera financiera, único sector económico internacional en haber realizado la interconexión generalizada de sus actividades y de sus redes de información y de comunicación en tiempo real. Antes de acabar la presente década, esta visión nacida en el corazón del planeta de la geofinanza habrá impregnado al conjunto de los sectores de la geoeconomía y habrá masificado sus audiencias. En suma, el tema de la gestión internacional de negocios constituye el núcleo duro del discurso sobre la globalización. No por ello, son menos importantes las consecuencias culturales de la transformación tecnológica. El progreso técnico está sometido a una selectividad histórica en función de su aplicabilidad, y las invenciones tienen o no curso independiente de su valor intrínseco.

La firma global y relacional, responde a una estructura orgánica en la que cada parte supuestamente sirve al todo. En donde la fluidez, la comunicación –interna, como hacia el exterior–, debe estar omnipresente. Toda falta de interoperabilidad entre las partes, toda ausencia de intercambio de flujos conlleva el riesgo de atacar al sistema. La comunicación es ennoblecida al juntarse con las teorías de la organización. Un lema rige esta lógica de la empresa, la integración. Traduce la visión cibernética que tienen del mundo los gerentes. Integración de escalas geográficas, pero también de la concepción, de la producción y del consumo, incluso entre esferas de actividad separadas. La interrelación informática –abaratamiento de costos de gestión–, producción flexible y desterritorializada, tiene un efecto sinérgico que permite acceder a puntos de venta en muchísimos lugares que bajo el modelo anterior no alcanzaban la masa crítica para existir (Mattelart, 1997, 12-15).

Los flujos de inversión y el comercio mundial aumentaron, en particular para aquellos bienes y servicios con un alto componente de información y conocimientos y en países industrializados, pero el correspondiente incremento de la productividad del trabajo que estos ajustes conllevaron no trajo consigo necesariamente una mejora en la productividad del capital. Se establece una suerte de

este último como una mercancía más, sujeta a los movimientos del mercado. El precio del metal aumentó considerablemente a lo largo de los años setenta y, en 1974, era más de cinco veces el precio de 1969. En el año de 1980, su valor promedio anual alcanzó a 612, US\$ 39 la onza troy; este fue el nivel promedio más elevado en el precio del oro en los últimos años (Sonntag, 1988, 82).

círculo vicioso, en el que las empresas de punta ubicadas en la frontera tecnológica, las más globalizadas, son las que deben luchar más aguerridamente para lograr utilidades.

II. LA GLOBALIZACIÓN FINANCIERA

La desregulación financiera instrumentada y emprendida por el gobierno de Carter, y profundizada por Reagan en los Estados Unidos y la Thatcher en el Reino Unido, ha facilitado el desarrollo de nuevos instrumentos financieros (conversión de la deuda en valores, bonos especulativos, etc.); los cuales, han desempeñado un papel central en el financiamiento del crecimiento explosivo de las fusiones corporativas y adquisiciones no financieras, en la segunda mitad de la década de los ochenta. En la esfera financiera han aparecido nuevos productos, nuevos servicios, nuevos mercados, todos internacionales, de entrada, en una economía mundo en tiempo real. La actividad financiera se ha expandido y diversificado, impulsada por la globalización, la desreglamentación, los nuevos instrumentos financieros, y las transacciones computarizadas.

La *innovación financiera*, ha venido acelerando recientemente su ritmo y su alcance. Las tendencias generales resultantes del proceso de innovación financiera incluye la valorización, la integración, la globalización y el movimiento hacia los *mecanismos de mercado* en la determinación de los precios y la distribución. A su vez, ese fenómeno ha desempeñado un papel crucial en la creciente globalización de los mercados financieros, en la creación de lo que es esencialmente un mercado mundial unificado para los servicios financieros. Este mercado mundial involucra a los mercados extranjeros, donde la ubicación de la transacción es en gran medida irrelevante, reduciéndose la importancia de los factores geográficos. Dado que el proceso de innovación financiera parece haber alcanzado cierta permanencia, parece probable que el sistema financiero continúe cambiando y respondiendo a nuevos desarrollos (Aglietta y Brender, 1994, 49).

Así, entre los cambios observados en el sistema financiero desde la década de los ochenta, tenemos que el mercado del dinero se divorcia del mercado de las mercancías, adquiriendo dimensiones que hacen de este último un volumen negociable. El hecho de que el flujo internacional de capitales, ya no guarda relación con el volumen del comercio mercantil, debe considerarse una autonomización del mercado financiero respecto al de las mercancías. A estas alturas, el valor de cambio se ha independizado plenamente en este mercado del valor de uso de las mercancías. Además, esto crece en espiral, cada vez más fuera de control, y genera lo que Strange denomina un *casino financiero*, un sistema financiero internacional donde los jugadores del garito escapan del control de gobierno, casi parecen estar más allá de él (Strangel, 1986, 21).

En palabras de Menzel: "Las operaciones diarias en las bolsas internacionales se calculan en alrededor de mil millones de dólares. De ellos, sólo el 2% del financiamiento se halla en función del comercio mercantil internacional. La gran masa está conformada por las colocaciones netamente especulativas en los mercados de intereses, divisas y mercancías, vale decir, en el mercado de opciones de futuro, swaps o como suelen llamarse las innovaciones financieras (...) Este tipo de negocios recibe el nombre de *comercio de derivados*, porque se deriva del verdadero negocio, del negocio con bienes materiales. Entre tanto el comercio de derivados se ha autonomizado en gran medida. Esto quiere decir, que ya no sigue sirviendo al aseguramiento de negocios mercantiles de plazo fijo, sino que ha registrado una degeneración, convirtiéndose en mera especulación, en una apuesta a las fluctuaciones de precios y tasas" (1995, 11).

Se ha instituido un sistema de crédito separado y desincronizado del sistema global de producción⁷. Así, para Ferrer: "La variedad de instrumentos financieros se ha sofisticado y multiplicado de manera vertiginosa. El objetivo dominante de la mayor parte de las transacciones financieras internacionales es realizar ganancias especulativas. Se estima que el 95% de las operaciones de los mercados cambiarios, que asciende diariamente a alrededor de 1,3 billones de dólares diarios, consiste en movimientos de fondos que arbitran tasas de interés, tipos de cambio y expectativas de los mercados bursátiles (...) La gigantesca masa de recursos financieros es una burbuja de transacciones en papeles, opciones, derivados y otros instrumentos que constituyen operaciones, desvinculadas, en su mayor parte de la actividad real de producción, inversión y comercio" (Ferrer, 1998, 159 y 165).

El interés del análisis financiero, no se orienta en consecuencia, hacia los indicadores fiables –como la rentabilidad de una empresa o los datos coyunturales de la economía de un determinado país– sino, a la previsión en los tipos de cambios partiendo de los existentes. De allí, que el comportamiento de los mercados financieros radique principalmente en factores políticos. Al colocar suficiente capital que procure una alta o una baja en los cambios existentes, se *logrará el rumbo deseado*. Como los especuladores aplican programas similares

⁷ El desarrollo de procesos financieros globales presupuso configuraciones locales particulares. Un análisis detallado de los diversos servicios financieros prestados por los sistemas financieros de Suiza, Alemania, Francia, Reino Unido, Japón Estados Unidos y Canadá en una perspectiva comparada puede encontrarse en el texto de Swary y Topf (1993, 444-472).

surge así un sistema de auto referencia, que carece de contacto con el mundo material⁸.

Con la aceleración de las actividades especulativas, la función financiera cobró autonomía respecto a la economía real, poniéndose por delante de la producción y la inversión industrial. Desde comienzos de los años noventa se ha registrado una disminución no sólo relativa, sino también absoluta, de las inversiones directas. Esto es válido tanto para las colocaciones de capital a largo plazo y de empréstitos estatales, como para las colocaciones de corto plazo, con plazos inferiores a tres meses.

Sin embargo, y es importante a destacar, una porción significativa de las transacciones en los mercados cambiarios –operaciones denominadas *dirty flotation*–, a diferencia de la predica neoliberal, corresponde a la intervención abierta y a menudo conjunta de los bancos centrales de los principales países industrializados⁹. En este mundo de finanzas globales, se sostiene corrientemente, que los gobiernos deben desempeñar un papel menor e intervenir cada vez menos en el sistema económico. Pero un interesante subproducto de las crisis (conjugadas en plural) del período reciente, es que los gobiernos del mundo industrializado han actuado más, y no menos, en este vital aspecto¹⁰. De allí, que el supuesto dilema Estado versus Mercado, derivado de la visión fetichizada de la globalización, se revele no solamente como históricamente falso, sino como lógicamente insostenible, en términos de las contradicciones actuales de la economía mundo capitalista.

⁸ "En especial las tasas de intercambio y sus fluctuaciones corresponden casi exclusivamente a circunstancias financieras especulativas más que a condiciones de producción o comercio tales como el déficit comercial. Las fluctuaciones en las tasas de intercambio no corrigen, sino más bien amplían esos desequilibrios comerciales. Las políticas fiscales internas han llegado a ser impotentes y las políticas monetarias más adaptativas que directivas, en casi todas las economías centrales"(Gunder Frank, 1988, 187).

⁹ "Alrededor del 95 % de la acumulación de capital en el mundo se financia con el ahorro nacional de los países" (Ferrer, 1998, 165-6).

¹⁰ "La otra fuerza subyacente a la globalización financiera se encuentra en el corazón mismo de cada una de las economías industriales, desempeñando un papel fundamental en el ciclo de vida de la circulación financiera. Así, en los Estados Unidos, no sólo las colocaciones financieras de los hogares exceden ampliamente las de las empresas -lo que es normal-, sino que los endeudamientos de ambas categorías son del mismo monto -lo que ya puede asombrar un poco más-. Actualmente, el peso de los hogares en el ámbito financiero es masivo. Ello se hace obvio, cuando se toma en cuenta que el aporte de los movimientos de capitales al financiamiento de la inversión en activos reales, medidos por los balances en cuenta corriente, es del orden del 5 %. Es decir que más del 95 % de la acumulación de capital en el mundo se financia con el ahorro interno de los países industriales" (Aglietta, Brender, 1994 ,53).

De hecho, las recientes crisis bancarias se han enfrentado solamente a través de una amplia y constante intervención de los gobiernos. Frente a una real amenaza al sistema financiero intrnacional, los Estados Unidos y el FMI comprometieron rápidamente US\$ 40.000 millones o más en México, algunos de los recursos financieros otorgados a largo plazo, cuando se vieron amenazados los bancos mexicanos recientemente. Las sucesivas crisis financieras plantean el interrogante de si nos encontramos ahora en una trayectoria sostenible en el tiempo¹¹.

La cumbre de Halifax en 1995, proponía el fortalecimiento de la supervisión y reglamentación del mercado financiero. Estos mecanismos plantean el aspecto de la secuencia, que involucra la calidad de los instrumentos de supervisión bancaria y los mecanismos reglamentarios, y la forma en que la apertura y la desreglamentación se llevan a cabo¹². No obstante, el sistema financiero global se maneja cada vez más fuera de los canales tradicionales, poniendo en duda los mecanismos de supervisión. En todo caso, en la instrumentación de mecanismos de supervisión y regulación financiera que se han propuesto hasta los momentos, se observa un desplazamiento en el papel desempeñado por los gobiernos. Es decir, lo que parece haberse modificado es la forma estatal de intervención, más no su magnitud ni posiblemente su naturaleza¹³.

La geofinanza y sus espacios abstractos y desterritorializados, anuncian la dislocación entre el territorio donde se asienta la soberanía nacional y el sector de la cibereconomía. ¿Cuánto tiempo más podrá soportar la economía mundial tan tremendo flujo de transacciones ficticias, sin respaldo en la producción real? Hoy, el dinero, es independiente de las maneras en que es representado al configurarse en simple información anotada en cifras sobre un impreso de ordenador informático. Por tanto, el dinero no fluye, no circula. El dinero no se relaciona con el tiempo como un flujo, sino precisamente como un medio de aunar el tiempo con el espacio al enlazar instantaneidad y aplazamiento, presencia y ausen-

¹¹ La Cumbre de Miami en diciembre de 1994 reconoció la importancia de fortalecer los sistemas bancarios nacionales para promover la integración regional en América (Volcker, 1997, xi).

¹² La crisis de los tigres asiáticos desnudó algunos juegos financieros peligrosos para los que quisieron aprovechar el diferencial de tasas de interés entre las distintas monedas (Uchitelle, 1998, 6-7).

¹³ "El sistema bancario seguirá presente en el corazón mismo de las finanzas, y la *regulación de su actividad por parte del Banco Central seguirá siendo esencial* (Las cursivas son mías). No sólo no van desaparecer los Bancos Centrales, sino que el desarrollo de las interrelaciones financieras está extendiendo sus competencias y responsabilidades, puesto que la globalización financiera aporta nuevos desafíos tanto para prevenir las crisis como para conducir la política monetaria" (Aglietta y Brender, 1994, 55).

cia¹⁴. Ningún activo se pone en acción como medio de intercambio, salvo en el preciso momento en que es transferido de una propiedad a otra en pago de alguna transacción.

Resalta poderosamente la atención que el proceso de globalización se desarrolle en el marco de una economía mundial de lento crecimiento, que se manifiesta por un ciclo recesivo en las tres principales economías centrales del sistema mundial, Estados Unidos, Japón y Alemania. Lejos de sostener el avance ineluctable de la globalización, los momentos actuales dan cuenta de la vulnerabilidad extrema del proceso (Amin 1994, 119). La depresión se expresa por un crecimiento gigantesco de un excedente de capitales que no encuentra una salida rentable en la expansión del sistema productivo¹⁵.

Por su propio movimiento, el sistema ofrece al capital financiero, la posibilidad de que prevalezca su interés particular sobre todo los intereses generales, cualquiera que sea el costo para la economía. Toda la irracionalidad del sistema se expresa en la creciente y acentuada desigualdad en la distribución del ingreso, en todos los niveles, y que produce una creciente punción de la renta financiera sobre un producto relativamente estancado (Amin, 1997, 152-3).

¹⁴ Simmel ya hace tiempo había caracterizado las implicaciones espaciales del dinero al enfatizar que: "el papel del dinero va asociado a la distancia entre su posesión y el individuo (...) sólo si el beneficio de una empresa se configura fácilmente transferible a otro lugar, quedan garantizados, a través de la separación espacial, tanto la propiedad como el propietario, un alto nivel de independencia, o en otras palabras, de automovilidad (...) El poder del dinero para aunar distancias posibilita que el propietario y sus propiedades estén tan alejados que cada uno pueda seguir sus propios preceptos en mucho mayor medida que cuando ambos se encontraban en relación mutua directa, esto es cuando el compromiso económico era también uno personal" (Citado por Giddens, 1994, 34-5).

¹⁵ "Al comenzar la década de los noventa, la esperanza de los banqueros de aislar la deuda latinoamericana del resto de las operaciones para asimilar su incobrabilidad choca con la generalización de situaciones de quebranto financiero. El ejemplo revela nítidamente que la deuda regional lejos de ser una operación excepcional e irresponsable de los bancos, fue el precedente de una ola de financiación especulativa por montos de capitales extraordinariamente mayores. Si la cesación de pagos de un deudor marginal de Latinoamérica deteriora la cartera de los bancos, una escalada de morosidades en las grandes transacciones de fusión y reestructuración monopólica o en créditos hipotecarios, amenaza directamente con el quebranto. Este peligro ya apareció reflejado en tres oportunidades en las Bolsas de Valores: el primer crack de 1987 estuvo asociado a la ola de provisiones con créditos latinoamericanos, el mini crack de octubre de 1989 fue precedido por la frustración de reventas forzadas de grandes compañías, el derrumbe de cotizaciones accionarias en 1990 (especialmente en Japón) siguió la caída de los inflados precios inmobiliarios. Las pérdidas no reconocidas, ni asumidas de estos tres estallidos alcanza cifras billonarias (Katz, 1993, 78).

La mayor preocupación –casi la única–, de los poderes establecidos consiste en encontrar salidas financieras, para evitar la catástrofe (para el sistema) de la *desvalorización masiva*¹⁶. Autores como Samir Amin, han propuesto buscar una coherencia analítica en el conjunto de las políticas diseñadas en las escalas nacionales y mundiales: las privatizaciones, las desregulaciones, las tasas de interés elevadas, los cambios flotantes, las políticas estadounidenses de déficit exterior sistemático, el endeudamiento del Tercer Mundo. En esta financiarización global se encierra una espiral regresiva (Amin, 1997, 90-98).

Antes bien, si la hegemonía financiera intenta montar su dogmática orquestación en condiciones sospechosas y paradójicas es, en primer lugar, porque esta conjuración triunfante se esfuerza verdaderamente en denegar, y para ello, en ocultarse el que, jamás en la historia, el horizonte de eso cuya supervivencia se celebra (a saber, todos los viejos modelos del mundo capitalista y liberal) ha sido más sombrío, amenazador y amenazado. Ni más histórico entendiendo por tal inscrito un momento inédito de un proceso que no por ello está menos sometido a una ley de iterabilidad (Derrida, 1995, 65).

III. CARTOGRAFÍA CONCEPTUAL DE LA GLOBALIZACIÓN

Ahora bien, el proceso de globalización, se acompaña de una corriente de pensamiento poderosa que define este cambio a la vez como un proceso de desarrollo orgánico y de progreso. Sin embargo, el uso común de la acepción globalización no comenzó sino alrededor de 1960. El concepto no fue reconocido como académicamente significativo hasta mediados de los ochenta. En la actualidad, la globalización se está erigiendo como el concepto cardinal.

La globalización, es vista como una manifestación más de la interdependencia que existe entre las naciones, y se inscribe, en una trayectoria histórica que comenzó con el aumento del comercio internacional y siguió con la internacionalización de las finanzas en los años setenta, cuando la magnitud de las corrientes internacionales de capital superó por primera vez la de las corrientes comerciales (Benavente y West, 1992, 82).

¹⁶ “Detrás de la gigantesca suma (US\$ 144 mil millones) de recursos nominalmente reunida como ayuda para los heridos (¿ex?) tigres asiáticos, no está sólo la preocupación por el impacto de esa crisis sobre la economía mundial, sino mucho más la disputa de la burguesía de los centros por el control del capital en el Asia. Sin embargo, este episodio plantea una interrogante acerca de si nos encontramos en una trayectoria sostenible” (Quijano, 1998, 61).

El proceso de globalización es, en opinión de un número cada vez mayor de analistas latinoamericanos, un *hecho insoslayable*, y significa tanto una oportunidad, como un desafío para nuestros países. Por un lado, significa una oportunidad porque constituye el marco de referencia para que los países puedan integrarse en las corrientes internacionales de inversión, comercio y tecnología, de lo cual dependen sus perspectivas de crecimiento económico. Por otro lado, significa un desafío, porque es preciso subsanar estas carencias a fin de aprovechar las oportunidades que ofrece dicho proceso.

Quienes en los últimos años han contribuido a perfilar la arquitectura teórica del proceso globalizador, configuran una extensa lista de instituciones, grupos, movimientos político-sociales, textos, artículos y autores, que desde distintos lugares e intereses diversos han participado en el debate sobre dicho proceso. Con ello, queremos dar cuenta del carácter selectivo de los autores que aquí estudiamos. Sin embargo, tal selectividad traza una perspectiva de análisis, que enfatiza como elemento dominante las contribuciones realizadas por el pensamiento único sobre la globalización y su programa de recomendaciones.

Las reglas de adaptación estructural que proponen los defensores del pensamiento único, a pesar de la acepción caso por caso y país por país, son tan unificadas que se les denominó Consenso de Washington. Allí, donde no se sigue esa línea, el fracaso está prediseñado y entonces se puede llegar realmente a la fragmentación. Ninguna sociedad puede escaparse del poder de atracción del proceso de globalización, insisten los defensores del pensamiento único. El concepto de globalización en la versión del pensamiento único, sirve no sólo para comprender la nueva dinámica mundial, sino que además, constituiría la base para el diseño de políticas adecuadas para que los países puedan adaptarse a las profundas transformaciones que vienen procesándose aceleradamente en el entorno internacional.

Así, el pensamiento único consolida un instrumentalario caracterizado por políticas económicas aperturistas y liberalizadoras como la única opción viable y recomendable. Sin embargo, los países centrales adoptan cada vez más medidas para proteger su mercado interno o del bloque regional y, sobre todo, para evitar que las tasas de desempleo aumenten aún más. Ello permite concluir que el flujo comercial, de inversiones, de tecnologías y de personas, es administrado a escala mundial, fenómeno muy distante del ideal liberalizador que proclama el pensamiento único.

Para Oman, acercarse al debate sobre la globalización pasa por aclarar conceptualmente el fenómeno: "genéricamente, la globalización puede definirse, para nuestros fines, como el crecimiento acelerado de la actividad económica que atraviesan las fronteras regionales y nacionales definidas políticamente. Se

expresa en el incremento del movimiento de productos tangibles e intangibles y de servicios —entre ellos los derechos de propiedad— vía el comercio y la inversión; y con frecuencia de personas mediante la migración por dichas fronteras. Es motivada por las acciones de actores económicos individuales —compañías, bancos, personas—, usualmente en busca de beneficios y, a menudo, estimulados por las presiones de la competencia. Es por ello, que la globalización puede caracterizarse como un proceso centrífugo, que incide en lo económico, siendo también un fenómeno microeconómico. De esta manera, uno de los efectos de la globalización, es el acortamiento de la distancia económica, no sólo entre países y regiones, sino también entre los actores económicos” (Oman, 1996, 27).

Para Albrow, el proceso globalizador es el resultante de largos procesos de confrontación histórica e implica tanto rupturas, como emergencia de nuevas formas de convivencia. Para él, “la globalización es el desarrollo y el tema más significativo de la vida contemporánea y de la teoría social emergente desde el colapso de los sistemas marxistas. El desafío que le plantea la globalización a la historia y a la teoría contemporánea, es tan fundamental como el permanente esfuerzo por entender el capitalismo, como teoría y sistema social. Más aún ambas tareas no están desvinculadas” (...) La globalización económica y la comunicación global auspiciaron un creciente reconocimiento que las fronteras de una sociedad, cualquier sea la acepción de frontera, conceptual y territorial, son resultado de confrontaciones históricas entre poderes que se reproducen y reconstruyen a través del tiempo” (Albrow, 1997, 89 y 169).

El sentido destacado por Albrow, es retomado por Cepal al afirmar que la globalización “es un proceso amplio de transformación tecnológica, institucional y de orientación que está ocurriendo en la economía (...) el fenómeno y sus elementos constitutivos no están claramente delimitados y globalización es tanto un proceso como una fuerza propulsora y un resultado” (Cepal, 1996,19). Este proceso —asegura Cepal— exige de América Latina abrir su mercado interno a la competencia mundial y descentralizar el Estado nacional, reduciendo el papel de éste como regulador y compensador social. Se desmantelan así las estructuras de integración social que produjo el desarrollismo, sin sustituirlas por otras equivalentes. Por el contrario, se afirma la centralidad del mercado mundial, como mecanismo de regulación económica. La globalización, juntamente con los fenómenos de liberalización y desregulación en los países desarrollados, han conducido al establecimiento de redes productivas transnacionales, asegura Cepal.

Ohmae entiende por economía global, aquella que funciona en tiempo real como una unidad en un espacio mundial, tanto para el capital como para la gestión, el trabajo, la tecnología, la información o los mercados. Incluso las compañías ancladas en, y dirigidas a los mercados nacionales, dependen de la dinámica y de la lógica de la economía mundial a través de la intermediación de

sus clientes, suministradores y competidores. Las economías nacionales que integran plenamente al nuevo orden global en realidad son pocas, apenas aquellas de ese club exclusivo cuyo ingreso per capita anual es de por lo menos US\$ 10.000, vale decir los de la tríada compuesta por Estados Unidos y Canadá, el Japón y la Unión Europea, más algunos países como Australia, los tigres asiáticos y recientemente los dragones, así como franjas de otros, como Argentina, Brasil o Israel.

La *Interlinked Economy*, en opinión de Ohmae, cuenta con una población de casi 1000 millones de habitantes y goza de un PNB per cápita de casi 10.000 dólares (Ohmae, 1991, xiii). “Desde el punto de vista de una corporación, las pautas de sus demandas básicas hacen posible considerar a este grupo de personas virtualmente como una misma especie. En realidad el comportamiento de los jóvenes es tan parecido en todos los países (y puesto que todos se comportan como jóvenes de California hasta podríamos hablar de una californización *del mundo libre*) que la generación de sus mayores tiene problemas para comunicarse con la de ellos. En otras palabras, más que existir una brecha internacional horizontal, se está dando una brecha generacional vertical” (Ohmae, 1990, xii).

En las corrientes del comercio mundial, se observa actualmente una reconcentración del comercio y de las inversiones entre los países del grupo de los siete (70% del comercio mundial). Ohmae contempla que: “Esto nos lleva de vuelta a la pregunta original sobre qué hacer en (y con) las regiones en desarrollo. Algunos estudiosos (y hasta mis colegas) afirman que en los países en desarrollo se encuentra el futuro. Ahí está el mayor crecimiento poblacional. Pero si uno da un paso más en esa dirección, ese argumento cae por tierra. Por ejemplo, en 1960 el PNB de las tres regiones de la Tríada representó el 75% de la economía del mundo libre, en 1970 fue el 73% y actualmente es el 72%. Para un período de 20 años, la reducción ha sido mínima” (Ohmae, 1990,165). Ohmae insiste en que la Tríada que conforman, se encuentran los mercados más importantes del mundo; en ella surgen las amenazas competitivas; en ellas se originan las nuevas tecnologías.

Autores como Menzel, apuntan en su revalorización del sistema una crítica a la teoría de la dependencia. Para él, el capitalismo no ha jugado sólo un papel destructor y explorador, sino un rol progresista, benefactor y emancipatorio, que se traduce en el alto nivel de vida de las naciones industrializadas y en el respeto de los derechos humanos. Menzel somete a una severa crítica a la teoría de la dependencia latinoamericana. Para el autor, en los análisis de la teoría de la dependencia, los problemas se localizaban en el funcionamiento de las condiciones básicas de la economía mundial. Sin embargo, un grupo de países en el umbral de la industrialización (industrialización tardía), impuso un cambio de

paradigma en la izquierda latinoamericana, que, pese a las resistencias, no podían conciliarse más con la teoría de la dependencia.

Por lo tanto, enfatiza Menzel, "sólo la modificación radical de las condiciones externas básicas podían introducir un cambio fundamental. Pero si ahora se pone de manifiesto que existe una diferenciación sin que las condiciones básicas globales hayan cambiado radicalmente, toda la lógica del conflicto Norte-Sur se tambalea (...). Cuando algunos países logran manejar exitosamente la problemática del desarrollo en base a sus propios esfuerzos, no sólo abandonan el frente de las demandas frente a un dirigismo global (...), sino también ponen en tela de juicio el paradigma" (Menzel, 1994, 74-5).

Para Menzel, desde el colapso del sistema socialista ya no existe el segundo mundo, y por consiguiente la denominación del Tercer Mundo carece de sentido. Este último se distingue por una enorme diferenciación interna (cuatro grandes grupos: países en el umbral de la plena industrialización, naciones exportadoras de petróleo, países absolutamente pobres y estados en proceso de relativo empobrecimiento). Los factores del subdesarrollo no tienen que ver en primer lugar con el imperialismo y la influencia del mercado mundial, sino con aspectos históricos-culturales y socio-económicos de carácter interno (en contra de lo afirmado por la teoría de la dependencia).

Como terapia, Menzel reactualiza una estrategia esbozada por Myrdal: hay que ayudar al Tercer Mundo por razones humanistas, y sólo aquellas naciones que están al borde de la catástrofe. Hay que cubrir sobre todo las llamadas necesidades básicas; lo demás es *prescindible*. Las naciones del Norte están éticamente obligadas a intervenir en los países del Tercer Mundo por la fuerza, si es necesario en los casos de grandes violaciones a los derechos humanos, puesto que la salvaguarda de estos derechos tiene una dignidad e importancia mayores que la soberanía nacional de los Estados¹⁷.

Por un lado, autores como Oman, Albrow y Cepal conciben la globalización como un proceso cíclico en el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, obvian en sus investigaciones las relaciones entre los múltiples encadenamientos e interconexiones históricos, sociales, políticos y económicos que hicieron posible el proceso globalizador y que lo diferencian de anteriores fases del capitalismo. Por

¹⁷ El autor durante largos años contribuyó a edificar, sistematizar y divulgar la Gran Teoría en torno a la evolución del Tercer Mundo. Obsta decir, que en su nueva caracterización obvia su antigua defensa del desarrollo autocentrado, cuestión esta última que parece haber olvidado totalmente. Sin embargo, el deterioro y pérdida de dinamismo de aquellas economías, y sociedades prototípicas las del sudeste asiático y la japonesa incluida, han socavado su rabioso optimismo (Menzel, 1994, 79); (Sonntag, 1998,137).

otro lado, Ohmae y Menzel a pesar de distinguir entre factores del desarrollo y del subdesarrollo, destacan en sus análisis las bondades de la globalización y del libre comercio como mecanismos fundamentales del progreso y del desarrollo. Curiosamente, los autores citados perciben que estamos atravesando una nueva fase en el desarrollo mundial que nunca antes ha mostrado procesos más libres de comercio de bienes y servicios y de capitales. No obstante, venimos presenciando una tendencia hacia la desconexión involuntaria de muchos países e incluso de todo un continente (caso África subsahariana).

Así, para los autores, el proceso globalizador se organiza en torno al comercio sin fronteras y al empuje tecnológico que renueva incesantemente la producción de bienes y servicios para mercados competitivos, donde productores y consumidores se coordinan entre sí mediante señales de precios no sujetos a control administrativo. Los cambios en la tecnología, el transporte y las comunicaciones están creando un mundo donde todo fluye. Las economías capitalistas son, en este sentido, sistemas auto-organizados y auto-regulados, relativamente independientes de la política, que crecen sobre la base de un principio de destrucción creadora, produciendo innovaciones de procesos y productos, oportunidades y recursos.

Las economías nacionales desaparecen. La economía global está cada vez más interconectada. El pensamiento único rescata la propuesta ortodoxa del libre comercio y la justifica en términos de que los acontecimientos actuales exceden la capacidad de control de las economías nacionales. Insiste en destacar, el carácter perturbador que tendría sobre dicho proceso, la intervención reguladora de los gobiernos nacionales en sus economías respectivas (Schuldt, 1998, 15-17).

Las opiniones dominantes sobre la globalización, compartida por notables economistas, financistas, empresarios, políticos y voceros de los organismos multilaterales se ha venido construyendo principalmente en los medios académicos. Si bien, existen matices que diferencian unas interpretaciones de otras, en ellas se muestran rasgos comunes a destacar que no se pueden soslayar. Como lo hemos señalado, es cierto que la globalización económica está definitivamente lejos de alcanzar a todo el planeta, sin embargo, no cabe ninguna duda acerca de la extensión de una lógica transversal de modos de organización de la producción y del consumo, incluso más allá del *efecto de mundialización* de las industrias culturales como tales (Mattelart, 1993, 238).

Empero, no estamos ingresando a un orden económico común universal, aun haciendo la salvedad de que en él hay favorecidos y desfavorecidos. La inexistencia de homogeneización no consiste sólo en que hay muchos excluidos, consiste en confundir conceptualmente, el efectivo avance de modelos con ras-

gos comunes con la diversidad de las especificaciones a las que esa lógica obedece caso por caso. En efecto, lo que queremos destacar es que este proceso no significa que se estén operando situaciones de homogeneización productiva a nivel mundial, por el contrario, se manifiesta acentuando las diferencias que ya se habían establecido entre los países centrales, la semiperiferia y la periferia, así como al interior mismo de cada uno de los países.

Por tal razón, *a la descripción del fenómeno de globalización le acompañan otros como son el de interdependencia jerárquica y formación de bloques económicos, desequilibrios productivos y mayor desigualdad en el ingreso*. La receta que ofrecen los apologistas de la visión fundamentalista de la globalización, es: acoplarse incondicionalmente a dicho proceso, al adoptar los esquemas de *competitividad y modern management*, es dudosa, precisamente porque las desigualdades entre los países han sido acentuadas por la nueva división internacional del trabajo (Sonntag, 1998, 144). Esta situación, podría virtualmente ser confrontada mediante procesos de integración regional, con miras a constituir un bloque de los países de la periferia y la semiperiferia, pero es de todos modos muy conflictiva y podría engendrar luchas, incluso político-militares, entre el Sur y el Norte¹⁸.

A diferencia de las visiones neoliberales radicales, la globalización es un proceso histórico contradictorio inherente a la economía mundo capitalista, por tanto desigual, heterogéneo y de naturaleza estructural de largo plazo que se desarrolla en las diferentes esferas de acción, expresión, reflexión y comportamiento de las sociedades (Garay, 1996, 2). Mediante este proceso continuo e irregular de incorporación de sucesivas zonas, la economía mundo capitalista ha llegado a ser coextensiva con el globo.

Por un lado, la parte esencial de los intercambios internacionales –comercio e inversiones directas– se polariza en torno a algunas zonas de desarrollo, agravando los desequilibrios regionales al quedar zonas excluidas. Por el otro, los desequilibrios entre países, y en el interior de éstos, se acentúan a medida que aumenta la disparidad entre los que participan de la mundialización –comercio e inversiones directas– y los que no tienen los medios de hacerlo. Esto ha alterado el principio de territorialidad política en el que se basaba el orden internacional. El espacio interno ha sido fragmentado por múltiples actores diferenciados, más o menos insertos en los circuitos transnacionales donde se persiguen intereses diversos y deja de hacerse referencia al interés nacional.

¹⁸ En la visión de Amin el desarrollo autocentrado podría lograrse mediante nuevos modos de cooperación sur-sur, incluyendo la formación de bloques regionales bajo lineamientos socialistas (Amin, 1994, 120-122).

En la economía del mundo capitalista pueden distinguirse tres actores. Primero cabría mencionar el grupo de los global players (jugadores globales), las empresas y bancos que operan internacionalmente y que realmente comparan la rentabilidad y elaboran sus condiciones de producción, prácticas de management y patrones empresariales generalmente de una forma estándar. En segundo lugar, existen aquellas compañías que están presentes internacionalmente, pero que a diferencia de la primera categoría, no tienen la posibilidad de escapar a la competencia de los espacios de las monedas. Su competitividad no sólo depende de los factores locales real –económicas y culturales–, sino igualmente, del tipo de cambio de la moneda en la competencia de las unidades monetarias. En tercer lugar, existen aquellas empresas que son de importancia meramente regional o nacional, porque producen y ofertan bienes y servicios no comercializables internacionalmente (Alvater, 1998, 621).

Así, la revalorización del mercado a escala mundial ha impuesto un paradigma: prioridad a la competitividad, al fortalecimiento de la posición competitiva. Así, los rasgos esenciales del nuevo modelo de desarrollo mundial configuran un progresivo desprendimiento de segmentos de economía, de culturas y de sociedades, de países y de grupos sociales, que dejan de tener un interés funcional y económico para el sistema en su conjunto, al ser demasiados pobres para constituir mercados en un sistema productivo en proceso de mutación. Los segmentos así rechazados por la red global de la interdependencia discriminatoria, alimentan *los nuevos frentes del desorden planetario*.

La política de desarrollo está cada vez más subordinada al comercio¹⁹. El imperativo de la competitividad determina las políticas nacionales y limita el alcance de los compromisos entre los actores sociales. La economía global se caracteriza por su interdependencia, su asimetría, su regionalización, la creciente diversificación dentro de cada región, su inclusividad selectiva, su segmentación excluyente y, como corolario de todos estos rasgos su *geometría fractal* (Castells, 1996, 133). La arquitectura actual de la economía mundial ofrece un mundo asimétricamente interdependiente, organizado alrededor de tres regiones económicas dominantes, a saber: Europa, Estados Unidos (con su área de Influencia) y el Pacífico asiático.

En este sentido, el margen de maniobra del Estado es limitado y cada vez necesita más negociar con poderosos grupos financieros y empresas que poseen el dominio de las inversiones futuras y de la readaptación de la producción.

¹⁹ Sin embargo, ello comporta una tendencia de la economía mundo que ha venido tomando cuerpo hasta hacerse dominante desde 1945. En donde el comercio ha crecido más rápidamente que la producción (Ferrer, 1998, 158).

No se desprende de allí, necesariamente, que el Estado-nación es y será una víctima del proceso en todas partes. No parece así en el centro del mundo capitalista, donde tiende a redefinirse el espacio de dominación para integrar en uno solo o varios de ellos, incluidos sus Estados-naciones menos consistentes, y a largo plazo, si la tendencia se desarrolla, a todos ellos. Pero parece igualmente perceptible, que en todo el resto del mundo, la presión se dirige a desnacionalizar las sociedades-estados que no culminaron el proceso o que lo hicieron débilmente. Es decir, a desdemocratizarlas, a bloquear los procesos en vías de democratización-nacionalización (Quijano, 1998, 52).

IV. MUNDIALIZACIÓN, BIFURCACIÓN E INCERTIDUMBRE

Ahora bien, ante el uso cada vez más frecuente e indiscriminado de la expresión globalización, parece conveniente comenzar por aclarar que este proceso no es un fenómeno reciente, ni se ha desatado súbitamente con el desarrollo y aplicación comunicacional de tecnologías electrónicas. Por el contrario, se trata de un proceso de largo plazo en la configuración y desarrollo del mundo moderno, el cual no sólo se desenvuelve en la así llamada dimensión económica, sino también en otras. A pesar de la intensidad, y las importantes diferencias cualitativas en sus modalidades y alcance de las últimas décadas.

Con ella se enfatiza la aceleración, la densificación y el mayor alcance que caracterizan al presente momento de ese dilatado proceso, pero particularmente el desarrollo y difusión planetaria de una cierta conciencia sobre la ocurrencia e importancia de este proceso, a la que podemos llamar conciencia global. Las actividades humanas que impulsaron este proceso han sido las guerras, las migraciones, el comercio, las tecnologías y el desarrollo de las comunicaciones (Mato, 1995, 20). La evolución reciente de este proceso, se ha caracterizado por una extraordinaria expansión y complejización de las interrelaciones entre diferentes países del mundo, sus instituciones y sus culturas. Es por ello, que este proceso, no puede ser visto exclusivamente como un fenómeno meramente económico, ni como una consecuencia del proceso de transnacionalización económica, del cual resulta inclusivo.

Pero la globalización supone mucho más que eso, se trata de un complejo proceso tendencialmente planetario y omnicomprensivo, a través del cual, el globo terráqueo en su totalidad tiende a convertirse cada vez más en un espacio unificado, tendencialmente más continuo que discreto, en virtud de múltiples y complejas interrelaciones, y ello no sólo desde el punto de vista económico, sino también social, político y cultural.

En el debate actual sobre la globalización existe, una tendencia a pensarla como expresión de universalidad. Lo global surge así, como equivalente de lo universal. Un primer sentido de esta aproximación, evoca la noción de límite. Lo universal, al desprenderse de su relación territorial, expandiría sus fronteras hacia todo el género humano. En este sentido contrasta con lo local, inmovilizado en el interior de su geografía restringida. De ahí la relación, casi natural, con la idea de cosmopolitismo.

Nuevamente encontramos la metáfora del espacio. Ser cosmopolita es compartir, simultáneamente, varios cosmos, salir del lugar de origen, trascenderlo. En este caso, el proceso de desterritorialización favorecería este movimiento. El problema se reduce así en una cuestión de alcance. Lo global, en virtud de su dimensión planetaria, involucraría a lo nacional y lo local, trascendería los provincianismos y su universalidad sería indiscutible.

Podemos admitir que en el concepto de globalización está implícito algo de orgánico y de funcional, que conserva una integridad y una unidad específicas, aun prescindiendo de toda su constitución morfológica. Aquí, la globalización más que estar basada en un principio configuracional, se extiende a una posible cooperación de las partes, que se vuelve activa incluso a través de enlaces, sinapsis, mecanismos, como pueden ser los que determinan la formación y el funcionamiento del sistema y estructura nerviosos o del sistema y estructura mecánicos de una máquina electrónica.

Este lenguaje funcional, refleja un *pensamiento único* y constituye un verdadero *prêt à porter* ideológico, que disimula los desórdenes del nuevo orden mundial. En otros términos, se pretende abordar la nueva complejidad actual con una ecuación de primer grado. En efecto, en los análisis del pensamiento único o *visión fundamentalista* de la globalización, se tiende a obviar la dimensión histórica. Dicha visión, y sus múltiples voces, visualiza la época actual de la globalización como enteramente nueva, sin conexión con el pasado, es decir, vive el presente sin mirar conscientemente hacia atrás. De allí, que sus análisis sean intencionalmente a-históricos, en el sentido de describir o interpretar los procesos sociales como si se estuviesen dando exclusivamente en el presente y no tuviesen antecedentes en el pasado, para no hablar de raíces.

En este sentido, autores entre los que me incluyo, han optado por el concepto de *mundialización*. A diferencia del vocablo descarnado de globalización, nacido a la sombra de las teorías de organización de los sistemas, se refiere explícitamente a la palabra mundo. Entre los muchos autores que destacan la dimensión histórica de los procesos de globalización actuales, resaltan por lo extenso de sus obras y por su contribución a la emergencia de una teoría social con dimensiones sistémica, las figuras de Giddens y Wallerstein.

Se puede decir con Giddens, que la modernidad es inherentemente globalizante en cuanto sus procesos sociales típicos operan más y más a escala internacional, integrando y conectando comunidades locales y organizaciones en nuevas combinaciones de espacio tiempo. El mundo se torna y se experimenta más interconectado. El proceso de globalización, se refiere a la intensificación de las relaciones sociales universales que unen distintas localidades, de tal manera, que lo que ocurre en una localidad está afectado por sucesos que ocurren lejos y viceversa. La globalización como tendencia ha existido desde los inicios del sistema histórico capitalista, pero en épocas recientes, se ha convertido en un proceso de intensidad creciente, que induce procesos de cambios más y más acelerados de tipo global en variadas dimensiones.

Para Giddens, el dinamismo de la modernidad deriva de la separación del tiempo y el espacio y su recombinación, de tal manera que permita una precisa regionalización de vida social; el desencaje de los sistemas sociales (un fenómeno que se conecta estrechamente con la separación de tiempo y espacio como dimensiones vacías y estandarizadas). Por desencajamiento se entiende, la separación de las relaciones sociales de los contextos locales de interacción y su reestructuración en contextos de tiempo-espacio indefinidos.

El autor avanza hasta proponer cinco aspectos que distinguen a los sujetos humanos –a causa de su carácter temporal– de los objetos materiales. Primero, la finitud del lapso de vida del agente humano como ser para la muerte. Por esta razón, el tiempo es un recurso escaso para el actor individual. Segundo, el agente humano tiene la capacidad de trascender la inmediatez de la experiencia sensorial en las formas individuales y colectivas de la memoria, de una interpenetración de presencia y ausencia que alcanza una inmensa complejidad. Tercero, la apropiación reflexiva del conocimiento. Así las prácticas sociales se revisan sistemáticamente a la luz de nuevos conocimientos sobre esas prácticas, sin una necesaria relación con el pasado. La modernidad se constituye así a través de conocimiento aplicado de modo reflexivo (Giddens, 1994, 28-38).

La modernidad rompe esta continuidad, transfiriendo las relaciones sociales a un territorio más amplio. El espacio, debido al movimiento de circulación de personas, mercancías, referentes simbólicos, ideas, se dilata. El proceso de construcción nacional ilustra bien esta dinámica. La idea de nación implica, que los individuos dejen de considerar a sus regiones como base territorial de sus acciones. Presupone el desdoblamiento del horizonte geográfico, apartando a las personas de sus localidades para recuperarlas como ciudadanos.

La nación las desencaja de sus particularidades, de sus provincianismos, para integrarlas como parte de una misma sociedad. Los hombres, que vivían la experiencia de sus lugares, sumergidos en la dimensión del tiempo y del espacio

regionales, son así referidos a otra totalidad. El espacio local se desterritorializa, adquiriendo otro significado. Esto no es, sin embargo, un movimiento que se realice sin tensiones. La modernidad requiere un desarraizamiento más profundo. En el momento que se radicaliza, acelerando las fuerzas de descentramiento e individualización, los límites anteriores se vuelven exiguos. La unidad moral, mental y cultural estalla.

Si entendemos la globalización no como un proceso exterior, ajeno a la vida nacional, sino como expansión de la modernidad-mundo, tenemos elementos nuevos para reflexionar. La globalización de las sociedades desterritorializa el espacio de la modernidad-mundo. La globalización de los mercados no se restringe sin embargo al ámbito económico, ella presupone la participación de valores, de una ideología común, un modo de vida que se arraiga en lo cotidiano, de esta forma, opera una integración de grupos sociales mundializados. Las contradicciones inauguradas por la sociedad moderna y que afectan a los espacios nacionales, cobran ahora otra dimensión. Se trasladan a un plano mundial.

En este contexto, la identidad nacional pierde su posición privilegiada de fuente productora de sentido. Emergen otros referentes que cuestionan su legitimidad. Pensar la globalización en términos de modernidad-mundo, permite –según Ortiz– evitar algunos tropiezos. De la misma forma que no tiene sentido hablar de cultura global, sería insensato buscar una identidad global. Debemos entender que la modernidad-mundo, al impulsar el movimiento de desterritorialización hacia fuera de las fronteras nacionales, acelera las condiciones de movilidad y desencaje (Ortiz, 1995, 21).

Ahora bien, en contraste con la visión instrumental de un mundo cohesionado por el libre cambio, el concepto de mundialización desarrollado principalmente por la teoría de los sistemas mundiales, se propone dar cuenta de las lógicas de la exclusión que operan como corolario de este fenómeno. A la inversa de la representación igualitarista y globalizante del planeta, permite analizar el proceso de mundialización en su dimensión histórica. Enlaza y relaciona la historia de los intercambios mundiales y sus diferentes flujos asimétricos, con la división internacional del trabajo y su lógica de polarización y jerarquización del espacio entre centros, semiperiferias y periferias.

La presencia de la noción de mundialización es importante, pues nos dice que en esta nueva fase de la historia de la asociación de las sociedades humanas, no hay medio de pensarse ni de pensar en la nación sin pensar al mundo. La mundialización se refiere principalmente al proceso de alargamiento en lo concerniente a los métodos de conexión entre diferentes contextos sociales y regionales, que se convierten en una red a lo largo de toda la superficie de la tierra. En ella se intensifican las relaciones sociales en todo el mundo por las

que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos están interrelacionados entre sí.

Ahora bien, por mundialización capitalista entiendo con Wallerstein que, las evoluciones que configuran el sistema en su conjunto determinan el marco en el que operan los ajustes locales. Dicho de otro modo, este punto de vista sistémico relativiza la diferencia entre factores externos y factores internos, puesto que todos los factores son internos a escala del sistema mundial (Amin, 1997, 5). En consecuencia, estamos afirmando con Wallerstein, que el capitalismo histórico desde sus inicios ha operado de forma transnacional, es decir, el capital nunca ha permitido que sus aspiraciones fueran determinadas por fronteras nacionales²⁰. No cabe duda que la fase contemporánea de la mundialización, como otras anteriores, muestra unas características particulares. Por ejemplo, las innovaciones tecnológicas que la impulsan, acompañan y empujan son más profundas y radicales en cuanto al objetivo de la tecnología: el dominio cada vez más perfecto del hombre sobre la naturaleza, y a la vez más peligrosas e imprevisibles en cuanto a sus consecuencias: no solamente la biotecnología y la ingeniería genética, sino también la informática y la robótica, causan cambios en los que los patrones socio-institucionales –las instituciones políticas y sus procedimientos y mecanismos, los resortes de internalización psíquica en los individuos del sistema histórico vigente– ya no sirven de herramientas de mediación entre el ser humano y su realidad, razón por la cual se desubica, se aísla y se aliena aun más. La mundialización implica entonces, modernizaciones civilizatorias bastante hondas en el marco de la misma civilización: en la visión del mundo y hasta en la cosmovisión, en los valores y las normas, en las conductas y los hábitos.

Nos acercamos de prisa a un punto de bifurcación fundamental en el sistema societal. Cuando los sistemas se alejan de sus puntos de equilibrio, llegan a puntos de bifurcación en los que son posibles múltiples soluciones, lo que podríamos llamar parafraseando a Wallerstein, unas *cascadas de posibilidades*²¹.

²⁰ Para Giddens, la formulación de Wallerstein al enfatizar como criterio fundamental el económico, no permite iluminar las concentraciones de poderes políticos o militares que no se alinean de manera precisa con las diferenciaciones económicas. Para él, sobredimensiona lo económico y relega los impactos de los factores políticos y militares en la configuración del mundo moderno. Los argumentos tienden a ser funcionales y reduccionistas en los análisis de Wallerstein. La existencia de semi-periféricas es explicado con referencia a las necesidades del sistema mundial. Sin embargo, un rasgo de la crítica de Giddens es la ausencia de argumentos que permitan esclarecer las limitaciones que le apunta a Wallerstein sin repetir sus argumentos (Giddens, 1994, 70-79).

²¹ Como es conocido, Braudel estableció la distinción clásica entre un tiempo episódico, un tiempo coyuntural y la larga duración, a cada uno de los cuales correspondería una

Las opciones, en estos casos, dependen tanto de la historia del sistema, como de la fuerza inmediata que tengan los *elementos externos* a la lógica del sistema. En todo caso, *nos hallamos en un punto de bifurcación del sistema. Las perturbaciones en estas situaciones aumentan en todas direcciones. Están fuera de control. No podemos, prever lo que resultará. Pero no quiere decir que no podemos tener un impacto sobre el tipo de nuevo orden que va ser construido al fin. Todo lo contrario. En una situación de bifurcación sistémica, toda acción pequeña tiene consecuencia enormes. El todo se construye de cosas infinitesimales* (Wallerstein, 1997, 86-87).

Tal como lo sugiere Wallerstein: “el sistema mundial se halla en plena mutación. Lo que vivimos, no es la conjunción de fases descendentes de diversos ciclos y tendencias; el año de 1989 es probablemente una puerta cerrada hacia el pasado. Tal vez hemos llegado al punto máximo de incertidumbre. El sistema mundial continuará funcionando desde luego, e incluso funcionando bien. Pero precisamente porque sigue funcionando como lo ha hecho durante 500 años, en *la búsqueda incesante de capital*, pronto no será capaz de funcionar de esta forma. El capitalismo histórico, como todos los sistemas históricos; muere por sus éxitos, no por sus fracasos” (Citado por Sonntag, 1994, 281).

Este complejo conjunto de circunstancias transformativas que comunmente denominamos *crisis*, están marcadas por el hecho de que el sistema histórico-social ha evolucionado hasta tal punto, que el efecto acumulativo de sus contradicciones le hace imposible resolver sus dilemas mediante ajustes en sus patrones institucionales normales. Esto es: cada sistema histórico-social que nace, es desde su inicio intrínsecamente contradictorio, desarrolla sobre su marcha una armazón institucional que es capaz de *regular* tales contradicciones y de adaptarse a los cambios que el propio sistema engendra, evoluciona hasta llegar al máximo de sus capacidades (tecnológicas, económicas, culturales, políticas) y empieza a declinar. Los sistemas históricos tienen una vida histórica y un fin o una transformación, todo ello ubicado en el tiempo y en el espacio (Sonntag, 1998, 139).

En este último sentido, la crisis es transformacional e implica la transición de un sistema histórico a otro. Ciertamente, tal transición dura bastante tiempo y es además cíclica: no es un proceso lineal de deterioro y de hundimiento, sino dis-

forma de hacer historia (evento, coyuntura, estructura). Siguiendo a Braudel y tratando de elaborar un concepto sintético de espacio tiempo, Wallerstein ha discernido cinco categorías espacio-temporales, a saber: episódico geopolítico, cíclico-ideológico, estructural, eterno y transformacional. Este último propicio para el cambio histórico de un sistema a otro también lo denomina bifurcación (Braudel, 1974, 64-76).

continuo de períodos de recuperación y empeoramiento, en los cuales el empeoramiento es la tendencia dominante en el largo plazo.

Este concepto de crisis remite al hecho de que las crisis, al igual que *las destrucciones creativas schumpeterianas*, son: las que separan *anciens régimes* de un nuevo régimen, son acontecimientos nada frecuentes y que, tal y como lo indica la palabra griega en la que el concepto está etimológicamente enraizado, encierran siempre la muerte y la oportunidad (Sonntag, 140). Por ello, parafraseando a Habermas, desde el momento en que interpretamos un fenómeno a título de crisis, le estamos concediendo un sentido inequívocamente normativo (Habermas, 1981, 274).

El sistema histórico capitalista está viviendo una crisis de *naturaleza transformacional* que se extenderá por un período de unos veinticinco (25) a cincuenta (50) años más. Se ha iniciado en la década de los setenta, ha tenido épocas de recuperación y de mayor deterioro, se ha extendido durante los años ochenta y continuado durante lo que va de los noventa, y muestra síntomas que indican que seguirá²². Sin embargo, la crisis no afectó ni afecta a todas las sociedades céntricas, semi-periféricas y periféricas del mismo modo. Si bien todas ellas conforman un sistema mundial único, cada una de ellas tiene sus formas peculiares de funcionamiento económico; actores sociales colectivos con características específicas; Estados con capacidad diferenciada de respuestas a situaciones como la que se estaba presentando y se está presentando, y sistemas valorativos e interactivos-comunicativos que provocaban y continúan provocando reacciones diferentes en las prácticas, tanto de las clases, sectores y grupos sociales, como de los individuos (Sonntag, 1988, 84).

Ahora bien, el sistema histórico capitalista aloja en su seno diversas contra-fuerzas y nuevas tendencias, fuerzas residuales e incipientes, que se deben procurar dominar o controlar. Si esas fuerzas heterogéneas no estuviesen dotadas de una eficacia propia, el proyecto hegemónico sería innecesario²³. Así, el

²² A finales de los años sesenta comienzan a observarse síntomas de crisis en la capacidad expansiva de la economía mundo capitalista. Luego del período de auge, que va desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década de los sesenta (Habermas, 1981, 279).

²³ "La hegemonía en el sistema mundial significa que hay una potencia en posición geopolítica de imponer una concatenación estable de la distribución del poder. Esto implica un período de paz, que significa principalmente ausencia de lucha militar entre grandes potencias. Ese período de hegemonía requiere y a la vez genera legitimidad, si por ella entendemos el sentimiento de los principales actores políticos de que el orden social es un orden que ellos aprueban o bien de que el mundo avanza firme y rápidamente en una dirección que ellos aprueban" (Wallerstein, 1996, 28).

sistema histórico capitalista presupone las diferencias, y esto distingue claramente otro rasgo que complica el sistema, a saber, que el capitalismo también produce las diferencias o la diferenciación como función de su propia lógica interna. La producción de fragmentación y polarización se manifiesta igualmente en el interior de todas las sociedades del sistema. Ello ha producido una tendencia al agravamiento de las contradicciones sistémicas, expresadas paradigmáticamente en la cada vez mayor pobreza de los muchos y la siempre creciente riqueza de los pocos, así como en la incapacidad en vías de aumentarse de los dispositivos socio-institucionales *normales* para resolver los dilemas que surgen²⁴.

En consecuencia, en el complejo espacio de la conflictividad mundial, en muchas sociedades, tanto céntricas, como semiperiféricas y periféricas, los conflictos de clase tienden a aumentar y polarizarse, conjuntamente con la revitalización de los regionalismos, operándose incipientes formas alternativas de organización diferentes de las tradicionales.

Nadie puede asegurar que la actual ola democrático-liberal, resistirá indefinidamente esta combinación de políticas económicas recesivas, apertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión social creciente. Aunque en este contexto, un sector importante de la población pueda mejorar sus patrones de consumo, esto difícilmente sustituirá el desgarramiento del tejido social, de la identidad cultural y de las expectativas de trabajo y de competitividad productiva de gran parte de la población (Dos Santos, 1998, 116).

V. BIBLIOGRAFÍA

Aglietta, Michel y Anton, Brender (1994), "Globalización financiera: fundamentos y consecuencias", en Carlos, Moneta y Carlos, Quenan, *Las reglas del juego: América Latina, globalización y regionalismo*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.

Alvater, Elmar (1998), "Obstáculos en la trayectoria del desarrollo", en López Segrera, Francisco (edit), *Los retos de la globalización*, UNESCO, Caracas.

²⁴ Resulta particularmente ilustrativo que un autor como Thurow reflexione sobre las capacidades de las tecnologías y las ideologías como mecanismos de adaptación necesarios para el futuro del capitalismo. Para él, "en la supervivencia del más apto el capitalismo ha quedado solo. No hay alternativa (...) El peligro no es que el capitalismo implomione como lo hizo el comunismo (...) El estancamiento y no la implomión es el peligro". Para contrarrestar las tendencias al estancamiento la propuesta de Thurow es rescatar las enseñanzas que legó Colón a Occidente. Es decir, un programa eficaz de voluntad política y económica para garantizar la supervivencia del capitalismo (Thurow, 1996, 19 y 340).

- Albrow, M. (1997), *The global age*, Stanford University Press, California.
- Amin, Samir (1994), "El futuro de la polarización global", *Nueva Sociedad*, No. 132, Caracas.
- (1997), *Los desafíos de la mundialización*, Siglo XXI Editores CIIH-UNAM, México.
- (1997), *Capitalism in the age of globalization: The management of contemporary society*, Zed Books, New Jersey.
- Benavente, José Miguel y Peter, West (1992), "Globalización y convergencia: América Latina frente a un mundo en cambio", *Revista de la CEPAL*, No. 47, Santiago de Chile.
- Braudel, Fernand (1974), *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Castells, Manuel (1996), *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*, Vol 1, Alianza Editorial, Madrid.
- CEPAL (1996), *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe*, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Clark, Ian (1997), *Globalization and fragmentation: International Relations in the Twentieth Century*, Oxford University Press, New York.
- Derrida, Jacques (1995), *Espectros de Marx: El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la Nueva Internacional*, Editorial Trotta, Madrid.
- Dos Santos, Theotonio (1998), "La teoría de la dependencia: Un balance histórico y teórico", en Francisco, López Segrera (edit), *Los retos de la globalización*, UNESCO, Caracas.
- Ferrer, Aldo (1998), "Hechos y ficciones de la globalización", *Capítulos del SELA*, No. 53, Caracas.
- Garay, Luis (1996), "Sobre la conformación del espacio económico internacional", *Conferencia: Globalización y alternativas de desarrollo. La Cooperación Internacional en la Perspectiva de los Países No Alineados*, noviembre 6, Santa Fe de Bogotá.
- Giddens, Anthony (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- Gunder Frank, André (1998), *Los desafíos de la crisis: Crisis económica mundial, ironías políticas internacionales y desafío europeo*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.
- Habermas, Jurgen (1981), *La reconstrucción del materialismo histórico*, Editorial Taurus, Madrid.

- Katz, Claudio (1993), "La crisis bancaria internacional y la deuda latinoamericana", *Revista Homines*, Vol. 17, No. 1-2, San Juan.
- Mato, Daniel (1995), *Crítica de la modernidad, globalización y construcción de identidades: Consideraciones teóricas y estudios sobre Venezuela, América Latina y el Caribe*, UCV-CDCH, Caracas.
- Mattelart, Armand (1993), *La comunicación mundo: Historia de las ideas y de las estrategias*, Fundesco, Madrid.
- (1997), "Utopía y realidades del vínculo global. Para una crítica del tecnoglobalismo" *Diálogos de la Comunicación*, FELEFACS, No. 49, octubre, Santa Fé de Bogotá
- Menzel, Ulrich (1994), "Tras el fracaso de las grandes teorías. ¿Qué será del Tercer Mundo?", *Nueva Sociedad*, No. 132, julio-agosto, Caracas.
- (1995), "La revolución post industrial: Terciarización y desmaterialización de la economía posmoderna", *Desarrollo y Cooperación*, No 5, Berlin.
- Ohmae, Kenichi (1990), *El poder de la tríada: Panorama de la competencia mundial en la próxima década*, Editorial Mc Graw Hill, México.
- (1991), *El mundo sin fronteras: Poder y estrategia en la economía entrelazada*, Editorial McGraw Hill, México.
- Oman, Charles (1996), *Los desafíos políticos: globalización y regionalización*, Fundación Friedrich Ebert, Lima.
- Ortiz, Renato (1995), *Mundialización de la cultura*, Alianza Editorial, Madrid.
- Quijano, Anibal (1998), *La economía popular: sus caminos en América Latina*, Mosca Azul Editores, Lima.
- Schuldt, Jurgen (1998), "Desmitificando el concepto de globalización en A.A.V.V", *Globalización: mito y realidad*, Friedrich Ebert Stiftung, ILDIS y Editorial Tramasocial, Quito.
- Sonntag, Heinz (1998), *Duda, certeza y crisis: La evolución de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad/UNESCO, Caracas.
- (1994), "Las vicisitudes del desarrollo", *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, No. 140, París.
- (1998), "Sobre globalizaciones, modernizaciones y resistencias -Un ensayo", *Cuadernos del CENDES*, año 15, No. 39, Caracas.
- Strangel, Susan (1986), *Casino Capitalism*, Blackwell, Oxford.

Swary, Itzhak y Barry, Topf (1993), *La desregulación financiera global: La banca comercial en la encrucijada*, Fondo de Cultura Económica, México.

Thurow, Lester (1996), *El futuro del capitalismo*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires.

Uchitelle, Louis (1998), "La trampa de ganar dinero fácil: En Asia también funciona la bicicleta financiera", *El Nacional*, Cuerpo H, 25 de enero, Caracas.

Volcker, Paul (1997), "Introducción", en Ricardo, Hausmann, y Lilita, Rojas Suárez (comp) *Las crisis bancarias en América Latina*, FCE/BID, Santiago de Chile.

Wallerstein, Immanuel (1990), "Análisis de los sistemas mundiales", en Jonathan, Turner y Anthony, Giddens *La Teoría social hoy*, Alianza Editorial, Madrid.

—(1996), *Después del liberalismo*, Siglo XXI Editores/CIICH-UNAM, México.

—(1997), *El futuro de la civilización capitalista*, Editorial Icaria, Barcelona.